

## ¿ES CENSURABLE EL ECLECTICISMO FILOSOFICO SUAREZIANO?

Pocos años lleva nuestra Revista y ya se ha visto obligada repetidas veces a vindicar la fama científica del P. Suárez contra varias impugnaciones recientes (1). Diríase que las doctrinas del Doctor Eximio — no en vano lleva este título —, al igual que las de los sabios eminentes, no se pueden leer ni estudiar con indiferencia: o conquistan adeptos bien comprendidas, o suscitan adversarios estudiadas a medias.

Entre estos últimos se nos figura ver al R. P. D. RAMIRO MARCONE en su por muchos conceptos recomendable *Historia Philosophiae* (2). La obra no es tan reciente, pero sigue siendo bastante conocida y consultada en España; la acusación que en ella se formula contra Suárez es de las que nunca envejecen; y, como no va asestada contra esta o aquella doctrina, sino contra el método; resulta que lleva en germen la crítica general y radical de toda la filosofía suareziana. Por otra parte, la contestación serena a la pregunta que encabeza este artículo, vendrá a ser la discusión de una tesis fundamental de metodología filosófica, que nunca está demás esclarecer.

No es, pues, el amor a la polémica partidista, que aborrecemos de corazón entre católicos, sino el deseo de volver por el buen nombre de varón tan insigne y benemérito de la Iglesia, el que nos pone la pluma en la mano para emprender este trabajo.

---

(1) V. ESTUDIOS ECLESIASTICOS, I, 99; II, 60; V, 272 y 390.

(2) P. D. RAMIRUS MARCONE, O. S. B., in Collegio S. Anselmi de Urbe Professor, *Historia Philosophiae scholarum usui accommodata*. V. I: *Philosophia Orientalis et Graeca*. — V. II: *Philosophia aetatis Patristicae, Mediae, Recentis usque ad saec. XIX*. Romae, Desclée et Socii, 1913-1914.

## I. Planteamiento de la cuestión

En trece páginas (289-301), de las 430 que cuenta el segundo volumen, traza el P. Marcone el cuadro de la filosofía escolástica durante los siglos XV y XVI. Espacio harto estrecho, dada la índole y proporciones de la Historia, no digo ya para los dos siglos, sino aun para declarar debidamente aquella gloriosa restauración de la filosofía escolástica, iniciada en Salamanca por los preclaros hijos de Santo Domingo; restauración, de la que ha dicho el Cardenal Ehrle que «su influencia sobre la nueva escolástica fué más amplia, directiva y duradera, que lo había sido en los tiempos pasados la de Santo Tomás y la de la escuela franciscana» (1). Mas no todos los críticos extranjeros tienen la serena imparcialidad de los Padres Ehrle y De Scorraille para apreciar en su justo valor nuestras glorias nacionales. Hubiera tenido su cuna y principal asiento aquella restauración allende los Pirineos o los Alpes, y me atrevo a afirmar que no hubieran bastado al docto benedictino para historiarla trece mezquinas páginas.

Así y todo, aun en ese minúsculo boceto, destinado a reflejar aquella aurora con resplandores meridianos de la escolástica moderna, no queda del todo mal parada la figura de nuestro Doctor Eximio. Sabía el P. Marcone que con sus escritos y magisterio, apenas interrumpido por espacio de cuarenta años, contribuyó como ninguno a difundir y perpetuar tan magnífica eflorescencia filosóficoteológica. Por eso, de los tres apartados en que divide todo el artículo, el segundo, que llena más de seis páginas, lo dedica exclusivamente a examinar la filosofía suareziana. En ese examen no faltan, además, frases sobremanera encomiásticas, arrancadas a la pluma de su autor por el mérito indiscutible de nuestro filósofo granadino. Mas el tono y colorido del conjunto ya es otra cosa. Véase, si no, cómo nos describe el carácter general de la filosofía suareziana:

«Habiendo abierto San Ignacio, el año 1553, un curso público de Teología en el Colegio Romano, ordenó, con el fin de renovar las doctrinas escolásticas, que los profesores tomaran como principal texto

---

(1) ESTUDIOS ECLESIASTICOS, VIII, 149. DE SCORRAILLE-HERNÁNDEZ, *Vida del Padre Fr. Suárez*, I, p. 75.

de sus explicaciones la Suma Teológica de Santo Tomás, prescripción sapientísima, que fielmente secundaron los sucesores de San Ignacio en el gobierno de la Compañía. De aquí el lugar preferente que ocupaba la doctrina del Angélico en las aulas de los jesuitas, no sólo en Roma, sino en los demás centros docentes de Italia y fuera de Italia. No faltaron, con todo, en la Compañía de Jesús teólogos y filósofos que, o se apartaron hábilmente (*scite*) de las enseñanzas de Santo Tomás, o no retuvieron su genuino sentido. Uno de ellos fué Francisco Suárez.

»Por su erudición y penetrante ingenio se aventajó a los demás escolásticos de la Compañía. Pasando por alto la teología, que fué en la que más se distinguió el Doctor Eximio, y ciñéndonos a la filosofía, Suárez trató profunda y completamente las ciencias filosóficas, les imprimió una nueva forma, como lo reclamaban las circunstancias de los tiempos: examinó y combatió agudamente los enemigos de la escolástica. Mas si paramos mientes en la naturaleza intrínseca de su sistema filosófico, notaremos que Suárez, sin traspasar las fronteras de la escolástica, propende bastante al eclecticismo («satis ad eclecticismum inclinasse»). En muchas doctrinas se adhiere a Santo Tomás; pero en algunos puntos filosóficos, y de grande importancia, lo abandona e incurre en el escotismo.

»Los mismos superiores de la Compañía, agrega en una nota el autor, escudado con el testimonio del P. Tacchi Venturi, concedores del caso, exhortaron al novel profesor a seguir en todo las doctrinas del Angélico» (1).

Prescindamos de las cinco restantes páginas de su examen crítico, donde expone y refuta a su modo las proposiciones suarezianas antitomistas, o que a él le parecen antitomistas. Porque, según ya dijimos, sólo nos proponemos investigar si son o no fundados los dos cargos que contra el Doctor Eximio formula el P. Marcone en el trozo arriba citado.

1. Suárez, se nos dice, es ecléctico, prevaricando del tomismo, hasta el punto de necesitar del correctivo de los superiores de la Orden (2).

2. Suárez incurre más de una vez en el escotismo.

---

(1) MARCONE, v. 2, pp. 294-95.

(2) Este mismo defecto de «eclecticistas» en la teología echa en cara a la escue-

## II. ¿Incorre Suárez en el escotismo?

Desentendámonos en cuatro palabras de este segundo cargo, nada difícil de rebatir. Cargo lo he llamado y cargo es efectivamente en la mente del P. Marcone, el adherirse al escotismo. «La filosofía del Doctor Sutil, viene a decirnos el ilustrado historiador (1), cierto que no contiene error alguno contra la fe y se mueve siempre dentro del escolasticismo; pero no van descaminados del todo los que la tildan de algo peligrosa. No ostenta desarrolladas las venenosas plantas del idealismo, panteísmo y materialismo; pero encierra en su seno gérmenes de tan pestilenciales sistemas. Y, señaladamente, la famosa distinción formal *ex natura rei* (son palabras del P. Marcone, n. 247), además de ser absurda, lleva en germen el monismo, y el conocimiento directo de lo singular material por parte del entendimiento humano, conduce al sensismo. Talento agudísimo, añade en la p. 242, Escoto más de una vez pasa la raya con su crítica exagerada; y muchas, acudiendo a débiles e insustanciales argumentos, trata de demoler doctrinas sólidamente establecidas. En una palabra, con el escotismo comienza a adulterarse y descender a su ocaso la filosofía escolástica.»

Tal es la pintura que hace del sistema de Escoto el P. Marcone; y de ese sistema peligroso, absurdo, hipercrítico y reo de lesa escolástica, parece querer hacer cómplice al Doctor Eximio con la reiterada repetición de aquella frase: *incidit in scotismum*.

Seguros estamos de que ni las aprobarán todos los historiadores de la filosofía, ni los hermanos en religión del egregio paladín de la Inmaculada llevarán en paciencia tan severas censuras. Testigos las varias apologías que han visto últimamente la luz pública para defender la pureza doctrinal del Doctor Sutil contra impugnaciones críticas, parecidas a las del P. Marcone (2). Mas, por lo que hace a nuestro in-

---

la de los Jesuitas y señaladamente a Suárez el Dr. SCHEEBEN en su obra *La Dogmatique*, t. 1, p. 703.

(1) O. c., pp. 240-248.

(2) V., entre otras: F. M. MALO, *Impugnación de la Historia de la filosofía del Excmo. Zeferino González, en defensa del buen nombre del V. D. S. y Mariano, Fr. J.*

tento, bien podemos prescindir de la mucha o poca verdad que pueda haber en ellas. Sean reales o imaginarios los defectos y peligros, que algunos quieren ver en el escotismo, Suárez ni es cómplice, ni autor, ni mucho menos partidario de ese sistema.

En efecto, según el mismo P. Marcone (1) y según la realidad, la teoría filosófica más original y característica del Doctor Sutil, la que, trascendiendo y como informando todas sus partes, presta unidad y originalidad a su sistema, es la teoría del «formalismo» o distinción formal *ex natura rei*; y junto con ella una crítica harto sutil e implacable que, a modo de piqueta demoledora, derriba teorías, pulveriza o trata de pulverizar argumentos, y asesta rudos golpes contra las mentalidades más prestigiosas de su tiempo: Gil de Roma, Rogerio Bacón, Enrique de Gante, Santo Tomás. Si no nos equivocamos, este criticismo destructor y cortés a un mismo tiempo, que impregna sus escritos y sazona sus enseñanzas orales, debió de contribuir no poco a granjear a Escoto su popularidad, y aquella nutridísima corona de millares de estudiantes, que, según es fama, rodeaban su cátedra en Oxford, París y Colonia.

Pues bien, de estos dos rasgos típicos en la fisonomía filosófica de Escoto, de sus numerosas consecuencias y aplicaciones a la lógica, física y metafísica, no se hallará rastro en la filosofía del Doctor Eximio. Al contrario, la distinción formal *ex natura rei* refútala expresamente en la Metafísica (2). Y una vez rechazada esta distinción, ni explica Suárez los universales a la manera de Escoto (2, dist. 3, q. 6, n. 15),

D. Escoto. Madrid, 1880. Reimprimióse en Orihuela en 1889 con el título *Defensa filosófocoteológica del Venerable Doctor Sutil*.

QUERUBÍN DE CARCAGENTE, *Apología y elogio del Doctor Sutil y Mariano*. Valencia, 1900, 1904.

GREG. DEV., *Ontologismus et V. D. Subtilis, Disquisitio criticophilosophica*. Jerusalén, 1908.

P. RAYMOND, *La philosophie critique de Duns Scot et le Criticisme de Kant*, en *Études Franciscaines*, 1909 (agosto-diciembre). *L'Ontologie de Duns Scot et le principe du pantheïsme*, *ibid.*, 1910 (julio-agosto).

R. P. ALEXANDRE BERTONI des Frères Mineurs, *Le Bienheureux Jean Duns Scot. Sa vie, sa doctrine, ses disciples*.

(1) V también WULF, *Hist. de la phil. médiévale*, pp. 306, 406.

(2) *Disp.* 7, s. 1; v. principalmente el n. 21.

sino como Santo Tomás y Aristóteles (1); ni enseña que el principio de individuación sea una realidad sobreañadida a la naturaleza específica, que Escoto llama hecceidad (2, dist. 3, q. 6, n. 15), antes expresamente refuta esta opinión (2); ni afirma, como parece afirmar Escoto (3), la univocación del ente (1, dist. 8, q. 3, n. 4), antes defiende, con el Doctor Angélico, su analogía (4); ni, por fin, distingue, como Escoto (1, dist. 8, q. 4, n. 17), con ninguna clase de distinción real entre los atributos divinos y su esencia; sino que, siguiendo a Santo Tomás, los identifica realmente entre sí y con la esencia (5).

Y por estos y otros muchos ejemplos que pudiéramos agregar, vese claramente cuán lejos está Suárez de aquella imputación, que el Cardenal Zeferino González hace al Doctor Eximio, cuando dice que «el blanco principal de sus reparos y ataques son las razones y doctrina de Santo Tomás, de quien se separa casi siempre que se trata de puntos opinables» (6).

Y no es que al filósofo granadino le falte espíritu crítico. Creemos, por el contrario, que Suárez es, entre los filósofos escolásticos, eminentemente crítico. Échase de ver su crítica en la cita de los autores y de sus obras, regularmente de primera mano, en la fiel exposición de las opiniones, en el examen concienzudo de las razones y dificultades y en la selección de las doctrinas. Pero la crítica de Suárez no es el pesimismo intelectual de muchos filósofos modernos, que desconfían más de lo justo de las fuerzas cognoscitivas humanas, ni esa otra crítica estrecha, que sólo asiente a lo que lleva el sello de la evidencia empírica o matemática, sino una crítica racional, amplia y flexible dentro de la prudencia que, distinguiendo entre las cuestiones ciertas y las probables, entre las materias o asuntos experimentales y los metempíricos, se acomoda a su diversa índole y no exige en todos ellos el mismo grado de claridad. Si vale el simbolismo, diríase que

(1) *Met.* d. 6; v. especialmente la s. 2, nn. 4-15; s. 5, n. 1.

(2) *Met.* d. 5, s. 2, n. 9.

(3) Decimos «parece» porque, según MASTRIO (*Metaph.* d. 2, q. 5, n. 195), el Doctor Sutil es partidario de la analogía, aunque no sabemos cómo podrá traer a su sentencia el pasaje de Escoto que en el texto citamos.

(4) *Met.* d. 28, s. 3, n. 5.

(5) *Met.* d. 30, s. 6, n. 3; *De Deo uno*, l. 1, c. 10.

(6) *Hist. de la fil.*<sup>2</sup>, 2, p. 299.

la crítica del Doctor Eximio no es la piqueta demoledora de Escoto, que se complace en derribar sistemas y teorías, sino el crisol que, si los funde y disuelve, es para limpiarlos de la escoria y darles tal vez formas más esbeltas y más acerado temple.

De esa tan diferente crítica resulta que, mientras el Doctor Sutil, deprimiendo más de lo justo las fuerzas de la razón, pone en tela de juicio los argumentos en pro de la inmortalidad del alma, y concluye que, aunque cierta por la fe, sólo puede ser demostrada con razones probables (4, dist. 43, q. 2, n. 16); nuestro Eximio Doctor llenó dos largos capítulos del tratado *De anima*, haciendo ver el valor demostrativo de los argumentos escolásticos y contribuyó como el que más a hacer cierta esta tesis capitalísima de la filosofía cristiana (1). Lo mismo pudiéramos decir de otras tesis ciertas filosóficamente (2). Pero lo dicho basta para convencernos de que, así en las doctrinas filosóficas como en las tendencias y método, el filósofo granadino está muy lejos de incurrir en el escotismo.

No nos salga al paso el P. Marcone diciendo que Suárez, como Escoto, concede a la materia prima el acto de la existencia y que favorece al sensismo de Condillac, defendiendo con Escoto que nuestro entendimiento conoce directamente lo singular material (*Hist. phil.*, 2, pp. 254, 297). Suscribir una que otra proposición, y no característica, de un autor, no es lo mismo que suscribir su sistema. Y estas dos tesis, ni son privativas del Doctor Sutil, ni siquiera originales o características de su sistema.

En cuanto a lo que se nos dice del conocimiento directo de lo singular material, debiera hacernos ver el P. Marcone por qué y cómo lleva lógicamente al sensismo una tesis defendida por filósofos tan intelectualistas como lo son, además de nuestro Doctor, Valencia, Rubio, Toledo, Benito Pereira, Arriaga, Lossada y toda la escuela franciscana en masa. Porque afirmar que nuestro entendimiento conoce directamente lo singular material y aun, si se quiere, primero que lo universal en el orden cronológico; no es negar que pueda conocer los seres

(1) *De anima*, l. I, cc. 10-11.

(2) Según WULF (*Hist. de la phil. med.*, p. 400): «De Scot.... déprécie nos facultés intellectives, en leur refusant le pouvoir de démontrer la vie de Dieu et une omnipotence capable d'accomplir directement les actions des causes secondes.» Cf. SUÁR., *Met.* d. 30, s. 14 y 17.

inmateriales, ni repudiar los conceptos universales reduciéndolos a sensaciones transformadas, como Condillac, o a imágenes comunes de la fantasía, como los positivistas y agnosticistas contemporáneos; ni siquiera equivale a decir que lo singular material sea el objeto primario y especificativo del humano entendimiento. Ahora bien, acto representativo de lo inmaterial o universal, en la filosofía suareziana (1), y en toda buena filosofía, tiene que ser inmaterial; y, si se prueba, añade Suárez (2), que un solo acto de una potencia es inmaterial o espiritual, queda probado que así dicha potencia como todos los demás actos de la misma son también espirituales entitativamente y de un orden esencialmente superior a los sentidos y a las más elevadas sensaciones; que es, ni más ni menos, la tesis diametralmente opuesta al sensismo.

Y baste lo dicho para evidenciar que nuestro filósofo ni incurre en el escotismo, ni de consiguiente en los peligros, soñados o verdaderos, de este sistema.

Pasemos ya al primero y más importante cargo que tiene contra Suárez el Historiador de San Anselmo, y que nosotros dejamos compeñado más arriba. Recordemos brevemente, ante todo, lo que es el eclecticismo y sus diversas clases; veamos después a cuál de ellas pertenece el suareziano, y, por último, si lejos de ser un borrón en la filosofía del Doctor Eximio, no es más bien un timbre de gloria para su autor.

### III. ¿Cuál es el eclecticismo de Suárez?

Derivada del griego ἐκλέγω, que corresponde a nuestro elegir o escoger, la palabra eclecticismo, en todas y cada una de sus acepciones, entraña la idea de elección, desfloración, separación de uno o varios elementos de entre otros, que se juzgan cuando menos inútiles o de menos valor. Como las voces escepticismo, matematismo, racionalismo y otras análogas, el eclecticismo puede significar, y de hecho significa en filosofía, ya la disposición o tendencia psíquica a entresacar el oro de la verdad, la flor y nata de cada sistema (espíritu ecléctico),

(1) *De anima*, l. 1, c. 9, n. 20.

(2) *Ibid.*, n. 23.

ya el procedimiento o serie ordenada de operaciones intelectuales para conseguirlo (método ecléctico), ya, en fin, la síntesis o conjunto de doctrinas así entresacadas, más o menos orgánico y ordenado (sistema ecléctico).

Estas tres cosas: espíritu ecléctico, método ecléctico y sistema ecléctico, suelen ir siempre juntas, como la causa con su efecto, como la raíz con el tallo y con los frutos; y las tres pueden ser igualmente loables o vituperables, según el fundamento en que descansen y el blanco donde apunten, según la forma en que se haga o norma que presida a la selección. Si el examen previo de las doctrinas se hace a la ligera y superficialmente; si, para discernirlas y escogerlas, no se atiende a un criterio objetivo e intrínseco a las mismas, a que sean ellas la expresión de la verdad objetiva, sino que se toma por norma algún elemento extrínseco, subjetivo, variable, v. gr., la utilidad práctica, su valor estético, su idoneidad para satisfacer las necesidades y exigencias del corazón o de la vida, su repetición en la historia, el número mayor de autoridades u otros criterios por el estilo; entonces el sistema resultante ni poseerá la unidad, armonía y organicidad propia de todo sistema filosófico, ni, subordinándose en él la verdad especulativa a las exigencias prácticas, podrá ser la expresión fiel de la misma verdad, ni merecerá siquiera el dictado de ecléctico, sino más bien de sincretismo (1) o pragmatismo.

Tal fué, por adolecer de uno o varios de estos defectos, la filosofía de Cicerón; el cual, no dando a ella más tiempo del que le dejaban libre el foro y la política (2), sólo pudo elaborar un sincretismo vago e impreciso, más erudito que profundo, y reflejo de la multitud heterogénea de escuelas en las que se había educado. Tales fueron también, si es que merecen el nombre de sistema, las doctrinas filosóficas de Juan Pico de la Mirándola que, como otros ensayistas renacientes, trató de amalgamar malamente en un cuerpo de doctrina a Platón y Aristóte-

---

(1) La palabra *sincretismo*, derivada de las griegas σύν (con, unión) y Κρήτα (Creta), se aplicó en un principio a la sociedad heterogénea, formada en dicha isla por los colonos de procedencia y costumbres diversas; los cuales, una vez allí establecidos, se vieron precisados a unir sus fuerzas para defenderse de invasores extraños, según Plutarco (*De fraterno amore*, XIX; DIDOT, *Plutarchi Opp.*, IV, p. 534).

(2) *De finibus bon. et malorum*, I, 1-5.

les, el monoteísmo cristiano con el politeísmo grecorromano y el panteísmo del oriente.

Mas para que un sistema ecléctico sea legítimo y digno de alabanza, no basta que posea la máxima cohesión y subordinación de todas sus partes. Si, aunque sea tácitamente, presupone el ecléctico la imposibilidad de nuevos progresos en el campo filosófico, y limita sus aspiraciones a reunir o, a lo más, reducir a un nuevo punto de vista los elementos de varios sistemas, como si hubieran llegado ya a la perfección ideal, entonces colócase en abierta oposición así de la realidad objetiva, «que es, dice Comellas (1), riquísima y guarda escondidos todavía una gran parte de sus tesoros»; como de la grandeza del espíritu, capaz ahora, como en otras épocas, de descubrir esos tesoros desconocidos a nuestros predecesores.

La sola violación formal de este principio, aunque no tuviera otros muchos puntos vulnerables, patentiza la falsedad del eclecticismo Cousiniano. Su autor empieza su obra asentando como base que los sistemas filosóficos posibles se reducen a cuatro: sensismo, idealismo, escepticismo y misticismo. Uno en pos de otro y cada vez más perfectos, sucedense en el tiempo unos a otros según cierta ley invariable. Diversos completamente entre sí, como partes de un todo múltiple y heterogéneo, como fragmentos de la verdad total, que avanza y se desarrolla al compás de las humanas generaciones, cada uno de los sistemas en particular ni es completamente verdadero, ni completamente falso, sino que entre todos contienen la verdad filosófica. El oficio, por tanto, del investigador filosófico queda reducido a estudiar, descomponer y analizar todos los sistemas con el hierro y el fuego de una severa crítica, y, mediante este proceso y yuxtaponiendo después o, a lo más, reduciendo a un punto de vista superior los elementos de los varios sistemas; a reconstruir la verdad total y absoluta o, como diría Cousin, «la representación completa de la conciencia en la historia». De este modo, la reina de las ciencias queda reducida poco menos que a una historia descriptiva de los sistemas filosóficos, y el estudio objetivo de las cosas por sus últimas causas, al estudio subjetivo de las personas y de sus obras, al trabajo de análisis y síntesis de los sistemas, ese *diletantismo* filosófico, de moda hoy en muchos centros de enseñanza,

---

(1) *Introducción a la filosofía*, p. 92.

que, a manera de planta parasitaria, crece frondoso a expensas y con mengua de la verdadera filosofía.

Juzgo innecesario el detenerme a refutar eclecticismo tan absurdo. La obra de Cousin es el monstruo descrito por Horacio al principio de la epístola a los Pisones; y su autor, según Balmes (1), el tipo del hombre inconsecuente, que en una misma cuestión sostiene el sí y el no con la mayor serenidad.

Pues bien, si el sistema suareziano coincidiera con cualquiera de los eclecticismos típicos reseñados, razón tendría el P. Marcone para censurar a Suárez como ecléctico. Pero, aparte de estos métodos reprobables, hay otro no menos frecuente en la historia de la filosofía, según veremos. Balmes nos lo define en cuatro palabras, diciendo que es buscar la verdad donde quiera que se halle (2). En efecto, a igual distancia así del servilismo sistemático y exclusivista, que se aferra a la doctrina de una escuela o Maestro, como del individualismo presuntuoso, proclamado nada más que en teoría, por Descartes, quien se jactaba de no consultar más libro que el de la naturaleza y su propia conciencia; el eclecticismo a que nos referimos reconoce y emplea dos fuentes de investigación: la objetividad o verdad del problema o asunto filosófico en primer término, y después, y como estímulo y medio, que nos facilite el camino de conocer adecuadamente la verdad intrínseca y objetiva de la cuestión, las sentencias y doctrinas de otros filósofos. Así quedan hermanados en este método el amor a la verdad y el debido respeto a la tradición: el estudio preponderante del objeto en sí mismo con la aspiración legítima a un progreso ulterior, y el estudio de las doctrinas y sistemas filosóficos en la historia y en sus mismas fuentes.

Más aún: hijo, como es, de un profundo convencimiento de la limitación y falibilidad de la humana inteligencia, por sagaz y bien equilibrada que se la suponga, el verdadero eclecticismo, aunque atienda y siga con preferencia en sus investigaciones la voz de un maestro eminente, no deja de escuchar la de los otros; en el estudio y elección de las doctrinas guíase por un criterio, no extrínseco o histórico, sino intrínseco y objetivo. Su vida y aliento es el amor acendrado a la ver-

---

(1) *Hist. de la fil.*, nn. 345-346.

(2) *Ibid.*, n. 170.

dad; su lema, aquel dicho atribuído al Estagirita: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*; su ideal, descubrir un sistema completo, uno y armónico, sola y toda la realidad objetiva.

Tal es en sus más salientes rasgos el eclecticismo recomendado en todos los buenos tratadistas de metodología filosófica (I), y tal es también el eclecticismo filosófico del Doctor Eximio. Veámoslo.

No desconocía Suárez la fuerza creadora de su talento, natural o milagroso, pero a todas luces uno de los extraordinarios; sin embargo, lejos de él aquel arrogante despropósito de Lord Bacon, Descartes, Kant y tantos otros revolucionarios innovadores, que en pleno siglo XX sueñan con levantar el edificio filosófico desde sus cimientos, como si las obras todas de metafísica, lógica y demás partes de la filosofía elaboradas por todos sus predecesores fueran sólo casitas de barro levantadas por los niños en las calles.

Más discreto y humilde nuestro filósofo granadino, y conocedor de la impotencia del individuo aislado, no rompe con la tradición filosófica ni se abandona a sus solas fuerzas, antes diríamos que cada una de las cuestiones planteadas por Suárez y de antemano discutida por sus predecesores, es un proceso jurídico, en que nuestro filósofo hace comparecer ante el tribunal de su razón serena y sedienta tan sólo de la verdad, cuantos en aquel punto particular pueden hacer de testigos: filósofos y científicos, escolásticos y no escolásticos, desde alguno que otro fragmento de las escuelas presocráticas hasta los renacientes de los siglos XV y XVI: Luis Vives, el divino Vallés, médico de Felipe II, Pomponacio, etc. Oídos los testimonios en pro y en contra, los analiza, los compara, pesa la fuerza de sus razones y, llegado el momento de fallar, ya se hace propia y avalora con nuevos argumentos la sentencia que a la luz del criterio objetivo e intrínseco aparece más verosímil y fundada, cualesquiera que sean sus defensores; ya, remontándose a un punto de vista superior, reduce a la unidad y armoniza entre sí opiniones a primera vista diversas; ya, en fin, no satisfecho con ninguna de las soluciones dadas al problema, propone él otra nueva de su propia cosecha.

---

(I) V.: SANSEVERINO, *Elem. phil. christ., Log.*, p. 3.<sup>a</sup>, c. 3; PESCH, *Inst. Log.*, v. 3, p. 506; MENDIVE, *Elementos de lógica*, p. 346; URRABURU, *Log.*, p. 1.054; DONAT, *Log.*<sup>2</sup>, p. 199; G. SORTAIS, *Traité de phil.*, I, p. 954.

Pues que ni el espíritu de rivalidad, ni el prurito de decir cosas nuevas, sino el amor de la verdad, que es, según decíamos, el espíritu del verdadero ecléctico; que este amor puro de la verdad sea el que mueve y dirige constantemente la pluma del Doctor Eximio, claramente se manifiesta en la fidelidad con que expone y hasta refuerza los argumentos del adversario; en la mesura que guarda al calificar sus sentencias, no llamando cierto a lo que es tan sólo probable, y, sobre todo, en que, prescindiendo siempre de cuestiones personales, fija la mirada de su investigación en la realidad objetiva de los problemas.

«Donde quiera y en todo, así en sus libros como en sus cartas y en su vida, escribe a este propósito el P. de Scorraille, se presenta (Suárez) como hombre de sincerísima lealtad, de grandísima independencia en sus juicios y lenguaje, y tal que no cuida sino de la verdad, sin subordinar su indagación y manifestación a otras consideraciones extrañas» (1).

Para comprobar su aserto, cita a continuación el ilustre biógrafo un ejemplo tomado de las celebérrimas controversias *de auxiliis*; pero a nosotros parécenos más apropiado y significativo otro hecho, que largamente relata el mismo autor (2). Era el segundo curso (1573) que Suárez explicaba filosofía en el colegio de Segovia, y ya la fama del joven Profesor volaba por los demás colegios que tenía la Compañía de Jesús en la provincia de Castilla, y circulaban por ellos, especialmente por los de Valladolid y Salamanca, fragmentos de las lecciones que dictaba. Algunos compañeros de religión, o demasiado asustadizos y «melancólicos», como escribe un biógrafo del P. Suárez (3), o excesivamente amantes de la tradición y rutinarios, miraron con recelo una enseñanza, nueva en el método y en algunos puntos doctrinales, y avisaron de ello al Provincial. Éste, que tenía bien conocidos los talentos de nuestro novel Profesor, con harto sentimiento suyo vióse obligado a intimarle que, si no se conformaba con la enseñanza común, tendría que removerle de la cátedra, muy a pesar suyo. «Suárez oyó con calma la intimación, dice De Scorraille, y luego respondió que cesar de enseñar era asunto de poco más o menos para el intento

(1). DE SCORRAILLE-HERNÁNDEZ, *El P. Francisco Suárez*, t. 1, p. 443.

(2). DE SCORRAILLE-HERNÁNDEZ, t. 1, pp. 134-138.

(3). SARTOLO en SCORRAILLE, l. c., p. 137.

único de su vida (el santificarse), pero no el ponerse a enseñar de otro modo que lo había hecho. No había tenido más empeño que el de seguir la verdad, ni podía quedar en paz su conciencia, si declaraba ser falso lo que había dado y todavía consideraba como verdadero.»

Y este ardiente anhelo de buscar y abrazar siempre lo más verdadero o verosímil, no se resfrió con el tiempo. Y así, tres años antes de su muerte, escribía: «Puedo afirmar ante todas cosas, y así lo afirmaré siempre, que mi único intento, que he procurado realizar sin retroceder ante ningún trabajo ni esfuerzo, ha sido conocer y dar a conocer la verdad y sola la verdad. Hasta ahora no me ha sugerido el espíritu de partido ninguna de mis opiniones, ni me la sugiere hoy en día, pues en ellas no he buscado sino la verdad, ni deseo que cuantos lean mis obras busquen en ellas otra cosa. Con eso, cristianos lectores, no os turbaréis cuando veáis autores, igualmente piadosos y católicos, que siguen opiniones diversas y aun opuestas. Aun los grandes santos, en cosas no determinadas por la fe, tuvieron, según sabemos por la historia, pareceres diversos. Pero el deseo de todos es investigar y alcanzar la verdad, y si entre nosotros hay diversidad y oposición de doctrinas, la unidad de fin ha de hacer que no padezca por ello la caridad cristiana, ni queden divididos los corazones» (1).

Después de tal protesta de amor sincerísimo a la verdad por encima de toda autoridad y motivos puramente humanos, huelga el decir que con nuestro Eximio Filósofo no reza aquel servilismo rutinario, que el historiador de la filosofía, Brucker, llamó, injusta y burlescamente, «aristotelomanía de los escolásticos». Es cierto que, como al sano y loable eclecticismo no se opone el que se tome por guía y principal maestro a algún eminente filósofo de doctrina comúnmente aprobada, Suárez sigue con preferencia en todos sus tratados filosóficos las enseñanzas del Estagirita y del Príncipe de sus comentadores escolásticos en la Edad Media, Santo Tomás, cuyas obras filosóficas cita, explica e interpreta a cada paso; cuya autoridad estima en tanto, que, tratando de refutar, o, mejor dicho, de ver si puede defenderse en el tribunal de la razón la sentencia de tan insignes maestros acerca del principio de individuación, llega a formular así la mayor concesión

---

(1) *De Verbo Incarnato*. Lyon, MDCXIV; Ad eundem lectorem de hac posteriore editione admonitio (ed. Vives, VII, 7).

que puede hacer el verdadero ecléctico a la autoridad falible del hombre: «Sed videndum est, quamvis sententia haec non possit convinci ratione (materiam signatam esse adaequatum individuationis principium in sustantiis materialibus), an valeat convenienter defendi ac sustineri, nam *hoc satis nobis erit ut saltem propter Aristotelis et D. Thomae auctoritatem illam defendamus*» (1).

Conforme a esto va colocando el P. Suárez con toda escrupulosidad, en su balanza de precisión, las razones en pro de la susodicha opinión, y como ellas sólo imprimen a los platillos una pequeña oscilación (hae rationes, seclusa auctoritate, non sunt magni momenti) (2), y como las tres o más explicaciones diversas, en que se dividen los tomistas, no logran inclinarlos más, nuestro Filósofo ecléctico recoge de los labios de sus predilectos maestros el lema del eclecticismo: «Amicus Plato, sed magis amica veritas», y con todo el respeto que se merecen los abandona en este punto.

Con la misma delicadeza de formas impugna varias tesis aristotélicas, aun de las puramente filosóficas y de segundo orden (3); corrige y declara insuficientes algunos de sus argumentos (4), y analizando muchos axiomas anfibológicos del mismo Aristóteles, que admitían en bloque y como inconcusos muchos libros de filosofía, nota y denuncia los varios sentidos falsos o menos probables en que pueden tomarse (5).

Pues para convencerse de que tampoco jura en las palabras del Doctor Angélico, basta pasar la vista por la serie de proposiciones, que denuncia el P. Marcone, como antitomistas (6); proposiciones, nótese bien, que podrán tener mayor o menor importancia dentro de la

(1) *Metaph.* d. 5, s. 3, n. 8.

(2) *Ibid.*, n. 5.

(3) V. *De an.*, l. 3, c. 13, n. 4, donde, fundado en la propia experiencia y en argumentos de Galeno y Vallés, prueba contra Aristóteles que la raíz y fuente de los sentidos no reside en el corazón, sino en el cerebro.

(4) V. *De an.*, l. 1, c. 9, nn. 23-32, donde, después de juzgar difícil e ineficaz para probar la espiritualidad del entendimiento el célebre argumento aristotélico: «Organica potentia corrumpitur ab eccellente sensibili», tal como lo propone su autor, trata de darle fuerza en otra forma.

(5) V. *Disp. met.* d. 18, s. 7, n. 38.

(6) *Hist. de la fil.*, 2, p. 295.

escolástica, servirán o no servirán para caracterizar y contradistinguir la filosofía suareziana del escotismo, tomismo y agustinismo; pero de ningún modo contrarias ni una sola de ellas, a los principios o tesis capitales del Aquinate.

Y baste lo dicho para demostrar que la preferente adhesión del Doctor Eximio a las doctrinas filosóficas de Aristóteles y Santo Tomás no obedece a sectarismo de escuela, que esclaviza los entendimientos, sino a un íntimo convencimiento que de tales fuentes fluye generalmente la verdad filosófica más pura que de otros manantiales; que lo que en ellos buscaba era la doctrina, no el solo nombre; que quería el contenido del vaso precioso, no el mero rótulo.

Con este método ecléctico, medio entre el excesivamente histórico de Cousin y el presuntuoso individualismo de Bacon, entre el método puramente racional y el puramente autoritario, elaboró Suárez su concepción filosófica, que, en frase del Cardenal Zeferino González «es la más completa, la más universal y sólida, si se exceptúa la de Santo Tomás» (1); y, según M. de Wulf, refiriéndose a las *Disputationes Metaphysicae*, «la síntesis mejor ordenada y clara de la metafísica escolástica» (2).

Pues si el fin intrínseco, o, mejor dicho, la esencia misma de la filosofía, como la de cualquiera otra ciencia, es el conocimiento de la verdad o realidad objetiva de los seres, ¿puede censurarse un método que antepone la verdad a cualquiera autoridad humana esencialmente falible y limitada; que, para discernir la verdad, se vale ante todo y sobre todo de la razón iluminada por la fe y los principios fundamentales de toda sana filosofía; que sabe, por fin, aquilatar el oro de verdad recogido en los sistemas ajenos y fundirlo con el propio y nativo en un solo cuerpo de doctrina, completo, ordenado y consistente? Creemos, por el contrario, que tal eclecticismo es el único método racional y progresivo en filosofía, y, como tal, el que con su doctrina y con su ejemplo han enseñado todos los grandes filósofos. Explanaremos brevemente estas ideas.

DIONISIO DOMÍNGUEZ

(Continuará)

---

(1) *Hist. de la fil.*<sup>2</sup>, t. 3, p. 146.

(2) *Hist. de la fil. mediev.*<sup>2</sup>, p. 527.